

Zapping por la violencia: El poder del miedo

ÚRSULA CARPIO*

Si bien un espectáculo es, por definición, la representación de un hecho real o imaginado, muchas veces sirve como vehículo de control en tanto despierta en sus espectadores una serie de sentimientos. Quien está detrás del montaje tiene una intención y presume cuáles serán las reacciones de su audiencia. Por ejemplo, el miedo frente a un suceso violento es una respuesta casi natural y previsible y, en muchos casos, ha sido el móvil de más de un sujeto con ansias de poder para lograr mantener el control. Y es que del espectáculo que se libra sobre las tablas al escenario político no hay un gran salto, pues no es un misterio que quienes están a cargo de un gobierno intenten un manejo de la población a través de la creación o recreación de situaciones que, justamente por eso, no son siempre reales.

La Iglesia, por ejemplo, ha sido casi pionera en estas artes. Toda la parafernalia que acompañó a la Inquisición no fue otra cosa que una construcción de espectáculos y escenarios que pretendían, mediante el miedo y el castigo, coaccionar al otro, al que no tenía el poder, para así mantenerse arriba los que se consideraban dignos de tenerlo. No hay duda: al conocido refrán «pan y circo» parece que se le escapó un sustantivo: el miedo.

UN PAÍS QUE NO SE ESCAPA

El Perú, cuyas autoridades más de una vez han dado muestras de carecer de aptitudes para gobernar, no es la excepción que confirma esta regla. Y es que la violencia, y con ella el miedo como vehículo de control, es la línea transversal que recorre la historia de la humanidad de punta a punta. En cuanto a historia geográfica y temporalmente cercana, se puede afirmar que, en nuestro país, en la década de 1990 la violencia alcanzó un rol político estelar y se convirtió en el instrumento de control por excelencia. Al parecer, el gobernante de entonces, Alberto Fujimori, no solo asistió a esa clase y aprendió la lección correctamente, sino que se sentó en primera fila y, junto a su socio Vladimiro Montesinos, dejó en evidencia todo este clásico manejo: una vez más el miedo se convirtió en la mejor herramienta para mantenerse en el poder. No olvidemos que un grupo humano sometido al terror se traduce en una sociedad vulnerable capaz de aceptar todo a cambio de su seguridad. En aquel entonces, la mano dura fue celebrada en innumerables ocasiones, tapando el claro tufo de autoritarismo que emanaba de esa boca china de risa.

Para 1990, año en el que postuló por primera vez a la presidencia, el ingeniero de origen japonés se encontró con un pueblo sumido en la incertidumbre, la hiperinflación, pero sobre todo el miedo. Sendero Luminoso bombardeaba a diario la capital, la guerra se libraba en el interior del país, los emerretistas secuestraban a diestra y siniestra, y los muertos se contaban por miles.

Ante este paisaje y montado en su tractor, Fujimori encontró un terreno fácil de aplanar, y el miedo, más que nunca, se convirtió en el medio ideal para dar inicio a la función. Luego de un poco más de un año de intentar gobernar, disolvió el Congreso. Es justamente este hecho el que podríamos señalar como el primer hito que nos permite calificar su gobierno como uno de los más mediáticos: su golpe de Estado no solo fue contra sí mismo, sino que fue el primero en ser recibido por una audiencia que podía, si quería, hacerse un poco de canchita y sentarse a ver y oír la gangosa voz que salía de sus pantallas: «Disolver, disolver temporalmente el Congreso...».

A partir de ahí, una serie de sucesos que pueden medirse en importancia según su pertinencia para ser mediatizados fueron mostrando con imágenes las formas que lo mantuvieron en el poder durante

los siguientes ocho años. Sin embargo, de todo lo actuado y lo planeado para atornillarse en el sillón presidencial, interesa aquello que refuerza la tesis del miedo como vehículo de poder.

Así, podemos recordar la captura de Abimael Guzmán y la cúpula senderista en septiembre de 1992, expuestos ante las cámaras con histriónicos trajes a rayas (evidenciando de manera sutil la superioridad de sus captores); la misteriosa guerra del Cenepa; el rescate de los rehenes que permanecieron cautivos durante más de cuatro meses por un pequeño grupo de emerretistas en la residencia del embajador japonés Morihisa Aoki (con la propagación de un posterior video de Fujimori recorriendo el interior del recinto y pisando sin asco la cabeza del líder emerretista, Néstor Cerpa, a cargo de la toma de la residencia); y, como broche de oro, la maratónica persecución, grabada minuto a minuto, para capturar a su asesor luego de propalado el video que dejó en evidencia los hilos de corrupción que tejió su gobierno y que intentó capturar a una población a punta de conocer sus más grandes temores. Y es que la guerra, ya sea interna o externa, se presentó para el gobernante y su asesor como el elemento que permitió condensar los distintos miedos de la sociedad a la que quisieron controlar.

Pero el miedo debe tener, como ya se dijo, sus medios. Hay que difundirlo, darle los sentidos que desea el gobernante e inventar a los 'enemigos' que deben atacarse. Una cuestión fundamental para ello es decretar situaciones de emergencia (mecanismo contemplado por las constituciones como posibilidad para controlar situaciones extraordinarias que podían irse de las manos). En el caso peruano —y seguramente en muchos otros—, la excepción fue lo habitual: vivimos en estado de emergencia continuo y creciente desde 1980 hasta el año 2000. Es decir, hubo un mensaje muy claro desde arriba, resumido en una fórmula que decía que vivíamos en democracia, aunque eso no fuese real. Sin embargo, fue el elemento que condicionó los contextos para el uso del miedo.

Claro que nada de esto hubiese sido posible, al menos no por el tiempo que duró, si además no se hubiesen organizado los ambientes adecuados. La prensa, y en general los medios de comunicación, apareció en escena dándole vida a los operadores y agitadores sin los cuales esta historia no se hubiese escrito como se escribió. Fueron ellos los encargados de zumbear los oídos y distorsionar los ojos de los ciudadanos cotidianamente con los supuestos peligrosos e innumerables 'enemigos' que tiene el orden, el progreso y sobre todo la tranquilidad.

Eso sí, no en todas sus representaciones el espectáculo recibió los aplausos de un público que se ponía de pie ante lo perfecto de la actuación. Hubo ocasiones en las que quedó en evidencia lo sutil y profesionalmente elaboradas que fueron estas construcciones, y los casos mencionados líneas arriba son ejemplos claves. Y es que en esas situaciones lo que había que generar no era solo miedo. Era necesario impregnar, difundir y mantener la idea de que la inseguridad solo podía combatirla una especie de superhombre que, para suerte de los peruanos, era el que conducía sus destinos en ese momento.

Y fue ese superhombre el que jugó a cuestionar y castigar a los que no respetaban la ley. Difundió sistemáticamente lo que fue el eslogan de su campaña inicial: honradez, tecnología y trabajo. Y lo hizo tan bien que aquellos que intentaron mostrarlo como era tras bambalinas, salieron mal parados.

Hasta que sobrevino la noche fujimorista. Incluso así, quienes pensaron que el telón había caído luego de la renuncia por fax desde el Imperio del Sol Naciente, pecaron de ingenuos. A pesar de todo, y demostrando que la combinación de miedo y obras públicas puede otorgar créditos políticos sustanciales, el prófugo ex presidente inauguró una página web desde donde contaba su versión de cuanta cosa se dijera de él desde este lado del mundo. Paralelamente, un publicista local se encargaba de limpiar su imagen. Y así, una resistencia que seguía el principio mediático de «no importa que hablen mal o bien de uno, pero que hablen», dio sus frutos y ahora tenemos a la hija del prófugo en el Congreso, adonde llegó con una importante votación.

LAS TARAS QUE NOS QUEDAN

Parece que todavía sigue desarrollándose el guión de la década de 1990. Y no solo porque vemos

ingresar a los mismos actores de los primeros actos, sino también porque hay una audiencia que espera la repetición de algunas escenas. Hace ya casi un mes, la ciudad de Lima y una buena parte de sus habitantes se paralizaron a la espera del desalojo de los ocupantes de un mercado informal que prometía ser lo suficientemente sangriento como para satisfacer el morbo de 7 millones de telespectadores. Fueron dos días de incertidumbre, cámaras enfocando mañana, tarde y noche el recinto a la espera de lo peor, pero lo peor no llegó. Por el contrario, el desalojo se llevó a cabo con eficacia y un mínimo de violencia. La policía hizo su trabajo y aunque la gran mayoría celebró el éxito de la operación, a más de un paladar acostumbrado a fuertes condimentos el suceso le supo a poco. Y es que, expuestos a increíbles dosis de violencia cotidiana (en la calle, en el auto, en la combi, en el trabajo, en la tele), un final sin muertos y con pocos heridos es como una historia de amor sin el clásico «vivieron felices para siempre».

Esa suerte de adrenalina que recorre nuestro cuerpo al presenciar algo que objetivamente no queremos ver pero que no podemos dejar de mirar, ese muerto en la carretera al que vislumbramos a través de los dedos que se abren contra nuestra supuesta voluntad, esa película de terror que ‘disfrutamos’ pellizcando al de al lado y conteniendo las ganas de orinar para no tener que ir solos al baño, no es producto del bombardeo mediático al que estamos expuestos gracias a la modernidad. Más bien, podríamos estar hablando de una cualidad (si cabe el término) inherente a nuestra condición de seres humanos. ¿O acaso no disfrutaban los romanos viendo morir a los cristianos en el circo? ¿No pedían a gritos los habitantes de Jerusalén que Jesús fuese más castigado mientras colgaba de su cruz? ¿No rodeaban innumerables personas el cadalso solo para presenciar extasiados cada castigo aplicado al que infringía la ley, pidiendo siempre un poco más?

La historia avanzó paso a paso y se suponía que, a medida que ajustábamos nuestros sistemas políticos, debíamos otorgar mayor seguridad y confianza a la población. En todo caso, la idea del Estado liberal era precisamente esa, es decir, proponerse como garante de los derechos de las personas. Sin embargo, paradójicamente, los Estados han devenido en perpetradores de violencia y, en lugar de proteger a los ciudadanos, se han convertido en sus agresores. Y para que esto funcione con un mínimo de legitimidad, se necesita inventar ‘enemigos’ y, por ende, ‘conflictos’, cuanto más genéricos, imprecisos y etéreos, tanto mejor.

Basta ver la actitud guerrerista de los gobernantes estadounidenses luego del monstruoso atentado del 11 de septiembre de 2001. En efecto, declararon que a partir de ese momento ingresaban a una situación bélica ante un enemigo —el terrorismo internacional— que nadie ha terminado de definir. Sin embargo, fue argumento suficiente para llevar a cabo intervenciones armadas que, cabe subrayarlo, fueron vistas como ‘humanitarias’ por muchos ojos liberales. El transcurso del tiempo demostró que no tuvieron nada de humanitarias, que es cuestionable creer que la democracia occidental y su extraño concepto de sociedad civil sea la panacea para sociedades que se organizan bajo otros criterios y, sobre todo, que cualquier imposición solo desencadena el terror entre la población no armada.

Nada de esto es, obviamente, lejano para los peruanos. Podemos constatar que el miedo como ingrediente de democracias tropicales como las nuestras parece ser algo consustancial a estas. De otra manera sería imposible explicar la propensión a reiterar lo visto en las décadas de 1980 y 1990 por algunas de nuestras actuales autoridades. Asistimos nuevamente a las puestas en escena de continuos ‘rebotes terroristas’, delincuencia organizada ‘incontrolable’, poblaciones ‘que se desbordan’ y demás situaciones semejantes que son difundidas a diario por los medios de comunicación. Seguramente, luego vendrán las declaraciones de emergencia, y después, la necesidad de la intervención de las fuerzas armadas. Y volveremos a lo conocido: el telón se levanta y la función vuelve a comenzar.